

Alicia RPs
Universidad Simón Bolívar
Caracas, Venezuela
LASA, CHICAGO 1998

EL CULTO A BOLÍVAR: AYER, HOY, ¿SIEMPRE?

Encendamos un televisor en Venezuela para ver cómo se desempeña desde allí la campaña electoral. Henrique Salas Rentería, el ex-gobernador del estado Carabobo que va de segundo en las encuestas, aparece montado en un caballo blanco -¿de qué color es el caballo blanco de Bolívar?-, no tan majestuoso como el que retratan los relieves del Libertador -ni el porte ni los aires lo ayudan- pero la referencia es obvia. Hace unos meses, cuando aún no podía oficialmente hacerse campaña para las próximas elecciones de diciembre, no sólo estaba montado en un caballo blanco, sino que iba galopando con un nutrido grupo por el propio campo de Carabobo, lugar donde se batía la batalla que los venezolanos conmemoramos como la definitiva en la gesta contra España.

Hugo Chávez Frías, quien lideriza las encuestas, es el mismo que el 4 de febrero de 1992, en su intentona golpista contra el luego depuesto presidente Carlos Andrés Pérez (ahora candidato a senador desde su casa prisión), expuso desde el canal del Estado la existencia de un Movimiento Bolivariano que pretendía devolverle la confianza al país y castigar el corrupto gobierno de Pérez. El Movimiento Bolivariano se disolvió por razones obvias -hay que hacer olvidar que este candidato presidencial atentó contra un

gobierno electo popular y democráticamente- y ahora conforma lo que llama el Movimiento V República o Polo Patriótico. El mismo Pérez, durante su primer gobierno (1974-1979) -fue electo una segunda vez pero, como ya dije, duró poco en el cargo: fue juzgado y condenado por corrupción- hacía que su rostro, en las fotografías oficiales, se asemejara sospechosamente al del Libertador. Poco antes de su segunda elección como presidente, se inauguró en su pueblo natal, Rubio, cerca de la frontera con Colombia, una imagen de Bolívar con las manos extendidas como solía hacerlo él en sus caminatas electorales.

El primer colegio jurídico fundado en Caracas lleva por nombre unas de las más famosas frases del Libertador: "Moral y luces". Cuando un fiscal de tránsito se dirige oficialmente a una persona en la calle, no puede decirle señor, señora o señorita, debe utilizar la fórmula correcta: ciudadano(a). En Sorte, la famosa montaña donde se le rinde culto a María Lionza, junto a su imagen encontramos la del Libertador -y también la del indio Guaicaipuro, Negro Primero y José Gregorio Hernández. Por muchos años y por decreto presidencial, las gloriosas notas del himno nacional de Venezuela eran transmitidas en cadena por todas las emisoras de radio y televisión cada seis horas; pero esto realmente no era novedad, todos los niños hijos de venezolanos son arrullados con una canción de cuna cuya melodía es precisamente la del himno nacional -duermase mi niño, que tengo que hacer, lavar los pañales

y sentarme a cocer... / Gloria al bravo pueblo que el yugo lanz\,
la ley respetando la virtud y honor...

Es indudable que la época de la independencia es muy importante para todos los países hispanoamericanos (por algo cada ciudad está poblada de monumentos alegóricos y muchas de sus calles y avenidas llevan los nombres de sus próceres), pero en Venezuela pareciera tener un peso mucho mayor. La intención de estas líneas es adentrarnos en este tema, ver cuándo y por qué surgió el culto a Bolívar y las implicaciones que conlleva hoy en día.

Los inicios del culto.

Simón Bolívar, como casi todos sabemos, murió solo, pobre y despreciado a muchas leguas de su ciudad natal el 17 de diciembre de 1830 -si alguien necesita alguna información adicional puede leerse una de las últimas novelas del Gabo, El general en su laberinto (1989), pero cuidado, con ella no se alejará ni por un momento del culto-; poco antes había muerto en una emboscada su más fiel amigo y colaborador, Antonio José de Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, y Venezuela se había separado de la Gran Colombia, su más grande sueño. José Antonio Páez, su más temido contendiente de esos años ¿o tal vez de siempre? -antes lo había sido el general pardo Manuel Carlos Piar, pero había sido mandado a fusilar oportunamente luego de ser juzgado y condenado por sedicioso, desertor y, sobre todo, por promulgar la guerra de colores-, Páez,

decía, se erigió como el primer presidente de la Venezuela independiente.

En esa Venezuela recién separada y, por primera vez, realmente independiente, los estragos de la guerra se hacían notar: a nivel teórico los acuerdos eran muchos -hasta una nueva constitución había sido aprobada-, pero la convivencia real se hacía cada vez más difícil: había muchos bandos, muchas diferencias, muchas promesas no cumplidas, pocas sobras que repartir, pocos deseos de enfrentar los verdaderos problemas.

Para 1840 -diez años después de su muerte- la situación era prácticamente insostenible: había que encontrar la manera de mantener al pueblo distraído, había que inventarle una nueva ilusión, algo o alguien en quien depositar el anhelo de un futuro mejor sin olvidar las glorias pasadas. Qué mejor idea que traer los carcomidos y olvidados restos del Libertador Simón Bolívar para que descansaran en su verdadero lugar/hogar y recuperar, así fuera momentáneamente, el resplandor de pocas pasadas o, al menos, el que alguna vez se soñó tener. Las pompas fúnebres se realizaron el 17 de diciembre de 1842 sin desaprovechar el más mínimo detalle, y los letrados aprovecharon para expresar de viva voz todas aquellas alabanzas que se habían visto obligados a callar. El encargado de presentar la proposición oficial fue nada más y nada menos que el mismo Páez, quien ya en 1833 le había solicitado al Congreso que fueran llevados a la patria sus restos inmortales y quien nunca

perdió la oportunidad de "imitar" a Bolívar -dicen que incluso en su gesticulación- consciente, desde entonces, del peso abrumador de su figura para todos los venezolanos¹.

A partir de entonces su culto ha venido marcando los momentos más importantes de la historia nacional y la sombra de Bolívar se ha convertido en censor y modelo, al mismo tiempo, de las acciones importantes del Estado y de sus habitantes. El primero -de una muy corta lista²- en cuestionar esta visión omnipresente del Libertador en la historia y la vida venezolanas fue sin duda Germán Carrera Damas con su libro El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela, recién en 1969. Allí Carrera Damas desarrolla tres líneas fundamentales que componen la necesidad histórica del culto bolivariano en sus orígenes: como factor de unidad nacional, como factor de gobierno y como factor de

¹ Cada vez que en nuestra desventurada historia patria nos hemos encontrado en un aprieto semejante se ha vuelto a recurrir a la gloriosa figura del padre de la Patria: Antonio Guzmán Blanco erigió un monumental arco de triunfo en Carabobo (ahora, el hijo de Salas Rómer, gobernador del mismo estado, construye otro monumental arco justo a la entrada de su territorio -hay que darle una bienvenida adecuada a quienes los visitan y, por supuesto, no permitir que se olvide que en ese mismo estado se llevó a cabo nuestro más grande triunfo militar-); nuestra moneda se denomina el bolívar (poca honra debemos estar haciéndole cuando desde el Viernes Negro -el 18 de febrero de 1983- sólo logramos devaluarlo cada vez más); si hay que tumbar a Pérez, alcámonos, pero llevando el nombre de Bolívar en los labios y en el corazón.

² Está acompañado casi exclusivamente por el filósofo y profesor universitario Luis Castro Leiva.

superaci\`n nacional; factores que adn hoy se conservan vigentes en la medida en que el culto bolivariano determina, a nivel tanto oficial como popular, una de las mayores, si no la mayor, fuerza de cohesi\`n nacional:

... ese culto es propiamente cuesti\`n de orden polRico y social [...] Y es que el culto a la figura hist\`rica de BolRvar dista mucho de ser una creaci\`n literaria, nacida del patrioterismo exaltado y de la sensibilidad superexcitada de uno o varios escritores. Dicho culto ha constituido, en propiedad de tJrminos, una necesidad hist\`rica [...] Su funci\`n ha sido la de disimular un fracaso y retardar un desengaZo, y lo ha cumplido satisfactoriamente hasta ahora" (CARRERA DAMAS, 1973: 41-42).

La presencia de BolRvar en el imaginario nacional fue desde sus inicios un factor no s\`lo de unidad nacional, sino la identidad misma del Estado-nacional; la "magia del Estado" -sobre la cual han trabajado recientemente Michael Taussig y Fernando Coronil- comenz\` a construirse precisamente en 1842, en el momento en que se repatriaban los restos del Libertador.

Como dije anteriormete, no es s\`lo a nivel oficial que se le rinde homenaje perpetuo al Libertador, a nivel popular existe todo un repertorio de ritos, historias, im-genes y leyendas que dan cuenta de su ubicuidad a todo lo largo y ancho del territorio y la historia nacionales. La antrop\`loga venezolana Yolanda Salas de Lecuna realiz\` hace unos aZos un interesante trabajo de campo al respecto, que public\` en su libro BolRvar y la historia en la conciencia popular (1987). AllR Salas muestra los alcances del

culto a nivel popular: en el centro del país, por ejemplo, que es donde se desarrolla la mayor parte de su investigación, el imaginario popular ha construido a un Bolívar mestizo, hijo de una negra, en quien los esclavos primero, y los campesinos luego, depositan el anhelo de una vida mejor. De muchas maneras, este Libertador que se escapa a la imagen blanca, criolla y oficial del culto, representa la respuesta de quienes cuentan una historia que por estar en la periferia no es menos "real" que la oficial. Bolívar, según ellos, no nació en Caracas, sino en Capaya -en la zona de Barlovento, donde se concentra el mayor porcentaje de población negra-; a él se le invoca y se le canta en ciertos ritos religiosos, identificándolo en algunos casos con el mismo Jesucristo; a él se le atribuye el mérito por lograr la libertad de los esclavos; en fin,

Al Bolívar rico se le yuxtapone el dadivoso, muerto en la pobreza, arruinado y traicionado por sus amigos. Su condición moral lo eleva a la categoría de héroe benefactor, al cual se le suman sus dotes extraordinarias de guerrero, guaiador sereno, valiente y sapiencia que lo signan como el elegido, fundador y Padre de la Patria" (SALAS DE LECUNA, 1987: 73).

La militarización de la memoria.

En otro lugar (RIOS, 1998) se resalta la importancia que la prensa del período independentista venezolano -en particular la Gaceta de Caracas y el Correo del Orinoco- tuvo en los primeros trazos hacia lo que he llamado una "militarización de la memoria" sobre la cual

se asent\ y adn hoy se asienta nuestro pasado hist\rico. Este pasado se fue construyendo, desde sus meros inicios, sobre las bases de una frustraci\ñ, toda vez que Venezuela no alcanz\ el deseado resplandor en la medida en que su fundador muri\ solo y lejos de la patria y, sobre todo, en la medida en que el proyecto bolivariano no fue adoptado nunca realmente.

El Jxito frente a EspaZa ha sido explicado reiteradamente como el sorprendente triunfo de BolRvar y los suyos frente a un pueblo que nunca supo entender la magnitud de la gesta que emprendi. Bajo esta perspectiva, la historiografRa venezolana -salvo muy pocas excepciones- ha construido una historia monumental y anticuaria, y no una historia crRica del perRdo; se ha concentrado, básicamente, en hacer un recuento de las acciones bJlicas m@s importantes que se llevaron a cabo durante los aZos de esta sangrienta guerra y, sobre todo, en exaltar todas las acciones en las que el Libertador tuvo una ingerencia directa o indirecta (es tal el peso de esta visi\ñ bolivariana, que los aZos que BolRvar estuvo de campaZa por el Sur del continente suelen ser muy poco estudiados).

A partir de allR, la mayorRa de las fechas patrias -las fechas de asueto nacional y marchas militares-, giran es torno a estas mismas acciones bJlicas y, por supuesto, al nacimiento o muerte del Libertador. Toda la vida nacional oficial se ocupa de conmemorar y recordar el glorioso pasado nacional, pasado que pareciera

concentrarse exclusivamente en el periodo de la gesta contra España. No hay otro momento de la historia patria que merezca recordatorio (con la única excepción del 23 de enero -de 1958-, cuando los venezolanos conmemoramos la caída de nuestro último dictador, Marcos Pérez Jiménez).

Lo más sorprendente e interesante es que esta militarización de nuestra memoria no está restringida exclusivamente al terreno oficial: forma también parte constituyente de la memoria popular y, me atreveré a sugerir, incluso personal de los venezolanos. Basta encender la televisión en esta época de contienda electoral -aunque en verdad en cualquier época es muy similar- para que oigamos a nuestros políticos, políticos, analistas y comentaristas mencionar el nombre de Bolívar cada vez que tienen una oportunidad -e incluso cuando no la tienen-; basta echarle un vistazo a las deidades populares -como se hacía al principio, junto a María Lionza y José Gregorio Hernández (este último muy mencionado en estos días, por una huelga médica que desangra al país) encontramos a Bolívar y su Corte Libertadora; basta preguntarle a un grupo de niños qué frases célebres podrán recordar y seguramente lo citarán: "Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión...", "España y canarios, contad con la muerte..." o, tal vez, "Si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y haremos que nos

obedezca" -no en balde una de las materias obligatorias en la escuela primaria se llama "Cátedra Bolivariana" y tiene como función principal hacer que los niños se familiaricen con el padre de la patria y conozcan su pensamiento; basta recordar esa canción de cuna que me atreví a balbucearles.

Todo lo anterior puede sonar muy "folklórico", muy tercermundista, muy periférico, pero encierra valores y visiones del mundo que me preocupan mucho. ¿Qué puede significar que un pueblo, a lo largo de 156 años, no haya variado sustancialmente en la idea que tiene de sí mismo? ¿Cómo puede seguirse pensando que el modelo de país que queremos alcanzar tiene sus bases, al menos ideológicas, en el proyecto bolivariano? Un proyecto que si no en alguna medida tuvo que ser porque sus premisas no eran del todo correctas/válidas/apropiadas.

Uno de los debates más importantes que se están llevando a cabo en estos precisos momentos en el país, tiene que ver con la posibilidad de que inmediatamente después de las próximas elecciones surja la necesidad imperiosa de convocar a una Constituyente. Pareciera que la encrucijada en la que ahora nos encontramos, nos estuviera obligando a revisar lo que hemos sido y a plantear un nuevo modelo constitucional. Sin embargo, no puedo menos que sentirme desconcertada cuando escucho que uno de los políticos y abogados más brillantes del país, Allan Brewer Carías,

al ser entrevistado hace apenas dos domingos -el 6 de septiembre- a propósito de dicha Constituyente, en medio de una muy bien elaborada argumentación a su favor, no puede resistir citar a Bolívar como apoyo a su posición. Muchos replicaron que eso es "normal", que nuestras referencias las tomamos de nuestros valores y de nuestro pasado; pero luego de todo lo que les he venido comentado, espero haberlos convencido de que la explicación no es tan sencilla, de que hay algo más detrás de esta obsesión por el Padre de la Patria y, si no, por qué los ando torturando con este tema desde hace casi veinte minutos y por qué esa insistencia me obliga a trabajarla. La respuesta definitiva aún no la tengo, pero me he prometido encontrarla, por suerte parecen ser varios los que desde hace un tiempo estamos buscándola; creo que sólo entonces podremos enfrentar el reto que desde hace tanto nos acosa -como bien apunta Luis Catro Leiva, "estaremos en capacidad de acceder a otra posibilidad: la de poder pensarnos políticamente de otra manera" (1991: 110)-; sólo entonces podremos entender -y, atención, no sólo "racionalmente"- qué hemos sido y qué queremos ser; cómo ser "diferentes" con respecto a los demás pero, sobre todo, con respecto a nosotros mismos.

Caracas, 14 de septiembre de 1998

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

Achugar, Hugo. 1998. La fundación por la palabra. Letra y nación en América Latina en el Siglo XIX. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Carrera Damas, Germán. 1973. El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Castro Leiva, Luis. 1991. De la patria boba a la teología bolivariana. Ensayos de historia intelectual. Caracas: Monte Avila.

_____. 1994. Insinuaciones deshonestas. Ensayos de historia intelectual. Caracas: Monte Avila.

Coronil, Fernando. 1997. The Magical State. Nature, Money, and Modernity in Venezuela. Chicago-London: The University of Chicago Press.

Kymlicka, Will y Norman, Wayne. "El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente en la teoría de la ciudadanía". La política 3 (1997): 5-39.

Ríos, Alicia. "La guerra y la prensa: aparatos de captura del Estado republicano (Venezuela 1818-1822)". Estudios 10 (1998): 107-117.

Salas de Lecuna, Yolanda. 1987. Bolívar y la historia en la conciencia popular. Caracas: Universidad Simón Bolívar.

Nietzsche, Friedrich. 1997. "On the Uses and Disadvantages of History for Life" pp. 57-123 en Untimely Meditations. Cambridge: Cambridge University Press.

Taussig, Michael. 1997. The Magic of the State. New York-London: Routledge.